



## EL PADRE CONTRA LAS CUERDAS

Gabriel Mazzinghi

---

En la cultura moderna, que algunos llaman “post moderna”, aparece con mucha fuerza un severo cuestionamiento acerca de la figura del “padre”, en todas sus dimensiones.

La figura del buen padre, del padre proveedor y sostenedor de la familia, del padre dotado de una cierta y conveniente autoridad sobre los hijos, ha entrado de manera vertiginosa, en una suerte de **crisis profunda** que se manifiesta en todos los campos del saber: la filosofía, la psicología, la medicina, la ética, la psiquiatría, la sociología, el derecho, el arte, en sus múltiples y variadas manifestaciones.

Obviamente, en el limitado alcance de esta colaboración, no podremos entrar en un análisis detallado o pormenorizado de estas múltiples manifestaciones que, como esas plantas rastreras, extienden en forma subterránea, sus raíces, que terminan apareciendo acá y allá.

Vamos a hacer un breve análisis de las dos o tres ideas centrales que inspiran estas líneas.

Nos detendremos a analizar en primer lugar, lo que ha sido, en la historia, la figura del padre, como constitutiva y fundante de la familia y de la sociedad en su conjunto.

Luego veremos, a vuelo de pájaro, cómo es, o cómo ha llegado a ser, la mirada de la modernidad, respecto de la figura del padre, lo que tiene innegablemente que ver con la figura del hombre mismo, y con la cuestión del lugar que ocupa la mujer, en el mundo actual.

Y finalmente diremos algo acerca de la rebelión teológica que está ínsita en este cuestionamiento a toda idea de paternidad.

### **EL VIEJO PATERFAMILIAS ROMANO**

Desde la antigüedad, la vida familiar y social en Roma, estuvo edificada a partir de la figura del **paterfamilias**, jefe y cabeza de la familia, que ejercía un poder jurídico casi ilimitado respecto de sus hijos y descendientes, y aseguraba, en virtud de esta concentración de poder, la subsistencia de la familia y del patrimonio familiar, a través de las generaciones.

Se trataba de quien ejercía la “patria potestad” de modo prácticamente absoluto respecto de sus descendientes y familiares.

Este poder, si bien bajo una forma jurídica distinta, también se ejercía respecto de la propia esposa (uxor in mano), que quedaba sometida a la autoridad del paterfamilias y emplazada en el lugar de hija (loco filiae) o de nieta (loco neptis).

Los historiadores, a la hora de mencionar las causas que explican el progreso y la evolución de la sociedad romana en el mundo antiguo, no dudan en atribuir una gran importancia a la solidez de las familias, edificada en torno a la figura del padre, más allá de las críticas modernas (o no tan modernas) que se han volcado, obviamente, por este sistema que puede resultarnos dictatorial y absoluto.

La autoridad del paterfamilias solo podía descansar en quien fuera ciudadano romano, no en los extranjeros, ni en los esclavos.

Ahora bien, lo cierto es que esta figura de un poder ilimitado y absoluto del paterfamilias en la Roma arcaica de la Monarquía, fue atenuándose en el período de la República, yendo hacia un modelo más urbano, tornándose en cierto sentido “dulcificado”, y volviéndose aún más flexible en los tiempos imperiales.

No deja de ser muy interesante toda esta evolución de la autoridad paterna, a lo largo de la historia doblemente milenaria de Roma, aunque su estudio no sea el propósito de este trabajo.

Lo cierto es que más allá de ciertos matices, **Roma impuso y difundió esta organización de la familia, con un modelo fuertemente patriarcal.**

Y ello pasó, como tantas otras instituciones propias del Derecho Romano, a muchos otros pueblos que formaban parte del dilatadísimo Imperio, perdurando con distintos variantes, hasta tiempos mucho más cercanos.

Por poner una fecha aproximativa, y con diferencias entre un lugar u otro, diría que este modelo patriarcal de organización familiar, perduró en los países occidentales, hasta entrado el siglo XX.

### **LA QUIEBRA DEL SISTEMA PATRIARCAL**

A partir de entonces, aproximadamente, comienzan a darse una serie de cambios muy profundos en la sociedad, y esto supone un proceso sostenido en el que el patriarcado comienza a ser cuestionado por **dos fuerzas** que actúan separadamente, pero que tienen, claro está, sus puntos de contacto:

**a.-)** Por un lado está el fenómeno del ascenso social, cultural, económico, intelectual, político y económico, **de la mujer en las sociedades modernas.**

Acaso como consecuencia de las dos guerras mundiales (la de 1914 y la de 1939) la mujer pasa a ocupar lugares que hasta entonces le estaban vedados, y lo hace, al cabo de cierta tensión o lucha social, de manera tal que ese avance ya no habrá de revertirse.

La esforzada conquista de esos lugares, por parte de la mujer, es un camino de ida, que no tiene vuelta atrás, y que ha puesto a la mujer en posiciones y lugares que ya no ha de abandonar jamás (gracias a Dios...).

De manera que hoy resulta inimaginable un mundo en el que la mujer resultara soslayada del campo de la política, de la cultura, de la ciencia, de la educación, del arte, de la actividad productiva y laboral, del ejercicio de profesiones liberales, etc.

Esto, más allá de algunos excesos y de algunos “precios” que la sociedad (y la familia) en su conjunto, deben pagar, es saludado a lo largo y a lo ancho del mundo como una realidad maravillosa, que abre la esperanza de un mundo mejor, más justo, más virtuoso, más completo, ya que el aporte de la mujer a todas estas actividades, **contribuye claramente a la creación de un mundo decididamente mejor.**

**b.-)** Por otro lado, se ha producido también el ascenso, en una dirección vertical, de **los jóvenes que cada vez más temprano adquieren autonomía, y se independizan de sus padres**, lo que también supone una modificación muy profunda del modo de estar vertebrada la sociedad en el mundo occidental.

Mientras rigió el modelo patriarcal al que nos hemos referido, los valores que imperaban en la sociedad eran los que resultaban impuestos por los padres o, incluso, por los abuelos, cuya autoridad en el ámbito social era reconocida; los hijos procuraban, hasta mediados del siglo XX, copiar esos modelos, buscaban la aprobación de sus padres o mayores, y con frecuencia continuaban abriéndose camino en la misma profesión o actividad de sus padres.

Los militares tenían hijos que seguían la carrera militar, los abogados, médicos, arquitectos tenían hijos que seguían la carrera de abogacía, medicina o arquitectura respectivamente y así sucesivamente ocurría con otras profesiones o actividades.

Sobre este hecho objetivo, no cabe – me parece- hacer un juicio de valor.

No era ni bueno ni malo que esto ocurriera; simplemente es un dato de la realidad que, en un determinado momento, dejó de registrarse, por lo menos con esa frecuencia.

Los valores y criterios de los padres dejaron de ser seguidos, compartidos y a veces, tomados en cuenta, por los hijos; estos buscaron sus propios horizontes o siguieron sus propias inclinaciones, de modo que se terminó produciendo lo que ha dado en llamarse una quiebra generacional: quiebra de valores, quiebra de modelos, quiebra de gustos, de estilos, una cultura muy diferente, y un cierto rechazo (ésa es la palabra), por parte de los hijos, respecto de la cosmovisión de sus padres.

Se podrá decir que, de algún modo, esto siempre ha existido, y que cada generación ha llevado a cabo, de algún modo, una cierta ruptura con los valores de la anterior, y en ello hay un fondo de verdad.

Pero yo tengo la impresión de que, al cabo de un proceso que se ha desplegado durante los últimos cincuenta o sesenta años, **esta ruptura y este cuestionamiento ha sido mucho más profundo y mucho más radical, que en tiempos anteriores.**

### **OTRA PROFUNDA GRIETA, EN LA ACTUALIDAD**

Las diferencias de matiz en el modo de encarar las cosas de una generación y la siguiente, que siempre ha existido, se ha convertido en la actualidad **en una suerte de abismo, de grieta profunda, que lleva, con frecuencia, a una desinteligencia y un desencuentro muy marcados, entre ambas generaciones.**

Por momentos, hablando de muchos temas con nuestros hijos y nietos, y más allá de los lazos de cariño que afortunadamente, en general subsisten, tenemos la impresión de “pertenecer a mundos totalmente distintos”.

Y eso es, precisamente, lo que ocurre: de verdad, pertenecemos a “mundos distintos”...

El diálogo verdadero, la apertura de unos al mundo de los otros, parece casi impracticable, pues por momentos, hemos dejado de tener una base de valores, de criterios, de gustos, de costumbres y hasta de palabras, en común.

Y como estamos – padres e hijos – algo cansados de mantener discusiones acerca de muchos temas, en los que sabemos que no hemos de ponernos de acuerdo, optamos por callar, por eludir conflictos o por hablar de trivialidades...

A raíz de estas dos “fuerzas”, la que proviene del movimiento feminista y la que proviene de la juventud que impone sus patrones sociales y culturales y rechaza, en buena medida a los de la generación anterior, la figura del padre resulta “atacada” desde distintos ángulos (la sociología, la psicología, el derecho) y ha quedado por ello en buena medida opacada.

Este “ataque” no es necesariamente un ataque personal (a veces, también lo es...), sino que con frecuencia se verifica en el plano de la cultura, y en diversas manifestaciones que han contribuido a la “demolición” del modelo patriarcal.

Lo cierto es que esta nueva “ubicación” del padre, en los años que llevamos transcurridos de este siglo XXI, nos lo presenta en un lugar muy distinto, casi opuesto, al de la figura patriarcal que tuvo vigencia durante tantos siglos.

Como suele pasar en tantos órdenes de la vida social, política, o en el plano ideológico, **cuando algún exceso se quiere revertir, se suele incurrir en el exceso contrario**, y cuesta alcanzar un punto de equilibrio que siempre es deseable.

Y entonces sobrevienen nuevos problemas, porque de un sistema autoritario que en algún punto puede sofocar ciertas libertades legítimas, pasamos a un sistema carente de todo límite, en el cual las personas se vuelcan a una suerte de libertinaje que termina, también, por conculcar la libertad de las personas y llevarnos a una cierta forma de anarquía.

La figura del padre, caída en desgracia en los últimos decenios, nos ha ido llevando en el ámbito de la familia y fuera de ella también, a la idea de una pérdida de valores objetivos que ordenen y orienten la vida personal y social.

### **LA FAMILIA, DESCABEZADA**

Desde el punto de vista psicológico, la figura del padre ha sido siempre asociada – con razón – a la idea **de un cierto orden** en el marco de la familia, **de una cierta legalidad** y de **una cierta autoridad** y poder coactivo, para “hacer cumplir” las pautas de comportamiento, sobre todo de parte de los hijos.

Tradicionalmente, la madre quedó un tanto relegada en el ejercicio de la autoridad, y resultó asociada más bien a un rol de una mayor comprensión y cuidado de los hijos.

Pero en los últimos años (medio siglo, por cuantificar el argumento), y a causa de la extensión de los divorcios y la difusión de las llamadas “familias

monoparentales” el ejercicio de la autoridad, ha terminado por ser asumido y compartido por la figura materna.

Pues al fin y al cabo, toda familia y todo grupo humano, necesitan para su subsistencia y para su funcionamiento, de cierto orden y de cierta autoridad.

Sin perjuicio de los cambios que venimos señalando, lo cierto es que tanto en el ámbito familiar cuanto en el campo de la vida social, esta quiebra del sentido de autoridad del varón, ha derivado, en alguna medida, en **una creciente anomia**.

El concepto de **anomia**, introducido en el campo de la sociología por **Emile Durkheim** (1858 – 1917), padre de la sociología moderna, nos lleva a la idea de una **“ausencia permanente de normas”** que conduce, ciertamente, a un verdadero caos social y, en lo concreto a situaciones de guerra civil o desorden interno, o un enfrentamiento generalizado entre los que conforman un mismo pueblo.

Las reglas familiares, por un lado, y las reglas sociales, por el otro, se han degradado, o directamente tienden a desaparecer, y se llega de tal modo a un estado de cierta “alienación” (locura) colectiva.

Como resultado de todo ello, los hijos se manejan con otra escala de valores que sus padres, se independizan rápidamente (sueñan con irse a vivir solos...) y rechazan, silenciosa o frontalmente, los modelos de comportamiento que los padres les queremos transmitir, con la mejor intención, creyendo que esos valores y esos modelos son los que habrán de permitirles una vida más feliz.

La relación de la generación de nuestros hijos con la Fe religiosa, con el trabajo, con los estudios, con el dinero, con la cultura, con la Patria, etc., es muy distinta a la que nosotros teníamos 30 o 40 años atrás.

Los cambios sociales vertiginosos, la aparición de la tecnología, el mito de una sociedad libre de cualquier imposición, la implantación de una sociedad de consumo con fuertes exigencias y leyes propias, la satisfacción inmediata de las necesidades de todo tipo y cierta retracción al trabajo esforzado y sostenido,

son algunas de las notas que, sin mayor esfuerzo, podemos ver en las nuevas generaciones.

El hombre moderno, más aún, el hombre post moderno, parece fraguado por los dictados de un existencialismo proveniente del pensamiento de Freud, de Sartre, de Simone de Beauvoir, de Marcuse y de Michele de Foucault...

Frente al embate de esta fuerza, que parece haberse instalado en el modo de vivir de las nuevas generaciones – aun cuando no conozcan ni el nombre de sus mentores –, las posibilidades de mantener a flote determinados valores, se vuelven quiméricas.

### **¿ SERÁN FELICES ?**

Hablarle a los jóvenes del compromiso de vida cristiano, de las exigencias de la vida matrimonial, de la rectitud moral y natural de la heterosexualidad, de la responsabilidad que implica fundar una familia y traer hijos al mundo, del crimen del aborto, del bien de la fidelidad, de la necesidad de atravesar momentos de dificultad y hasta de dolor, en todos los órdenes de la vida, de la posibilidad de un trabajo sostenido en el tiempo, del poder destructor de las drogas o de las ventajas del ahorro, nos pone frente a la probabilidad de un fracaso rotundo.

No es eso lo que quieren oír, sus afanes y sus horizontes pasan por otros modelos de vida; **creen, de verdad, que habrán de ser felices, viviendo en otras coordenadas, con otros criterios, muy distintos de los nuestros.**

¿Lo serán?

¿Serán, de verdad, más felices, viviendo a los parámetros de la modernidad, tratando de vivir libres de todo compromiso, de toda atadura, de toda estructura, de toda norma moral?

No lo creo, sinceramente.

En medio de este caos de palabras y de propuestas, de ejemplos buenos y malos a nuestro alrededor, en medio de esta crisis profunda, que parece abarcar todos los campos de la realidad, pienso que la postmodernidad se ha ido alejando de las fuentes genuinas y profundas de la felicidad, y ha ido dejando



de lado los mandatos de la misma naturaleza que al decir de Cicerón, nos inclina al bien y nos aleja del mal.

Obviamente, soy consciente de que esto es una extrema generalización, que, como toda generalización, corre el riesgo de ser injusta con algunos.

Pero en general, yo advierto (desde mis 68 años intensamente vividos) que los jóvenes están cada vez más solos, más aislados, cada vez más desconcertados, cada vez más aburridos, cada vez más cargados de incertidumbres y de temores, cada vez más abrumados por una sociedad que no los contiene, ni les marca, con cierta convicción, el camino...

Allá van, como un rebaño de titubeantes, y al escribir esto recuerdo una frase de Jesús, hace dos mil años, al ver al pueblo que caminaba en la orilla del lago: - "Me dan lástima, porque van como ovejas sin Pastor..."

La vigencia del Evangelio...

Los índices del consumo de drogas y de alcohol, la decisión de vivir la sexualidad sin amor y sin compromiso, la búsqueda insaciable de bienes materiales y de satisfacciones efímeras, son, entre otros indicadores, una elocuente demostración de la insatisfacción producida por esta sociedad que – probablemente nosotros mismos, no rehúyo la cuota de culpa que tenemos – les hemos construido o preparado.

Hay por tanto, en estas líneas, mucho de autocrítica, personal y generacional, pues está claro que no hemos podido o no hemos sabido transmitir a la generación de nuestros hijos, un conjunto de valores y principios sólidos y verdaderos, sobre los que puedan edificar sus propias vidas.

### **LA ANOMIA, EN LAS SOCIEDADES MODERNAS**

**Esta anomia, por lo demás, también se manifiesta en el campo de lo social.**

Hay un llamativo aumento de la conflictividad social, de desencuentro, de enfrentamiento y de resentimiento entre los distintos estamentos de la sociedad, de la radical impaciencia, muchas veces utilizados política e ideológicamente por

quienes rigen – para bien o para mal...- los destinos de nuestras sociedades modernas.

Desde las esferas del poder – la Argentina de los últimos años es un buen y lamentable ejemplo de lo que digo – **se siembra la discordia en sus distintas formas** (los ricos contra los pobres, los de Capital versus los de la Provincia, el campo contra la industria, los varones contra las mujeres en pie de lucha, los maduros contra los jóvenes, los vacunados contra los no vacunados, los partidarios de la educación pública contra la privada, etc.) y **la sociedad se frena y se esteriliza en estos enfrentamientos**, que la desgarran y le impiden caminar, todos juntos, en pos de un objetivo común.

**La figura del “padre”**, rigiendo los destinos de la sociedad, del padre ejerciendo con actitud de servicio la legítima autoridad, del padre poniendo orden, del padre procurando proteger a los menos favorecidos, vacunar a los ancianos y a los médicos y a los enfermos, la figura del padre coherente y responsable, que da el ejemplo de sus virtudes sencillas a los gobernados, **brilla por su ausencia.**

No he de entrar en el análisis fino y ejemplificado de esto que digo, lo que nos llevaría a alargar mucho estas líneas.

Pero sí creo que podemos afirmar que, en el campo social y político, asistimos desde hace bastante tiempo a **una orgía de irresponsabilidad y de mentira, de corrupción y de atropello**, por parte de aquellos que nosotros mismos, los argentinos, hemos elegido.

### **FINAL “TEOLÓGICO” DE ESTE ARTÍCULO**

Como cierre, quisiera insinuar una idea sencilla, relacionada con la quiebra de esta figura de la paternidad bien entendida, tan necesaria para vertebrar y dar sentido a nuestras vidas individuales y a nuestra vida social.

Evoco, respecto de la primera, a la figura de mi padre, muerto hace poco más de cinco años, que, con sus virtudes y defectos, dejó una huella muy profunda en mí, y en mis cinco hermanos.

Nos marcó de muchas maneras – y de un modo distinto, a cada uno- con el ejemplo de una vida bien vivida, de cara a Dios y a los demás. Una vida a la que todos evocamos con enorme gratitud.

Quiero dedicar otro párrafo, a propósito de la “paternidad”, a los que, cuando éramos chicos, solíamos llamar los “Padres de la Patria”, esos próceres indiscutidos y queridos que dieron mucho de sí para legarnos esta Argentina a la que queremos de verdad.

San Martín, Belgrano, Saavedra, Mitre, Sarmiento, tantos otros que pusieron bases sólidas para forjar nuestra nacionalidad.

Pero para cerrar, no puedo sino hacer una referencia a la figura de Dios mismo, nuestro Padre.

En el fondo, como explicaba el filósofo Emilio Komar, aun sin saberlo, el hombre contemporáneo, que se rebela y se levanta contra toda idea de orden constituido, contra la idea de la existencia de un Orden Natural que hay que respetar y obedecer, se levanta contra la idea de Dios mismo, que es el Primer Ordenador y el Creador de todo lo creado.

No hay orden sin un Ordenador, explicaba Aristóteles hace 2400 años.

**Y esta sociedad postmoderna, acaso parida por aquella frase subversiva de Friedrich Nietzsche (“Dios ha muerto”, en la “Gaya Ciencia”, 1882) camina a los tumbos por la historia, errática, buscando a tientas la figura de un Padre Bueno que vuelva a darle un sentido profundo a todas las cosas.**

Y ese Padre Bueno, como cuenta la Parábola del Hijo Pródigo, sale a buscar por la tarde, al hombre moderno, dispuesto siempre al perdón y al abrazo...

